

Juego de comodines

Los Estados-base dependientes de Rusia, 1990-2022

Por FRANCISCO VEIGA

Catedrático de Historia Contemporánea y Actual, UAB



RESUMEN

La descomposición de la Unión Soviética dejó tras de sí una serie de Estado-base provisionales, fruto de la improvisación, que con el tiempo han generado un microcosmos ideal para analizar comparativamente el fenómeno y perfilar el concepto. Entre los Estados-base rusos podemos encontrar que algunos son vigilantes, otros disuasorios e incluso fenómenos tan peculiares como el de Kaliningrado. Este es un exclave ruso sin soberanía estatal propia, tolerado por el entorno de la Unión Europea, porque las consecuencias que supondría su independencia o la posibilidad de un reparto territorial entre Alemania, Polonia y Lituania serían muy desaconsejables. Además de los casos de Abjasia, Osetia del Sur, Chechenia o Transnistria, en este artículo se incluyen dos antecedentes históricos al concepto de Estado-base ruso: el de la República de Extremo Oriente y la República Democrática de Yemen.

Palabras clave: Estados-base, Rusia, Transnistria, Osetia del Sur, Abjasia, Kalinigrad, Artsaj

RESUM

La descomposició de la Unió Soviètica va deixar darrere seu una sèrie d'Estats-base provisionals, fruit de la improvisació, que amb el temps han generat un

microcosmos ideal per analitzar comparativament el fenomen i perfilar el concepte. Entre els Estats-base russos podem trobar que alguns són vigilants, altres dissuasius i fins i tot fenòmens tan peculiars com el de Kaliningrad. Aquest és un exclau rus sense sobirania estatal pròpia, tolerat per l'entorn de la Unió Europea, perquè les conseqüències que suposaria la independència o la possibilitat d'un repartiment territorial entre Alemanya, Polònia i Lituània serien molt desaconsellables. A més dels casos d'Abkhàzia, Ossètia del Sud, Txetxènia o Transnistria, en aquest article s'inclouen dos antecedents històrics al concepte d'Estat-base rus: el de la República de l'Extrem Orient i la República Democràtica del Iemen.

Paraules clau: Estats-base, Rússia, Transnistria, Ossètia del Sud, Abkhàzia, Kaliningrad, Artsakh

ABSTRACT

The end of the Soviet Union left behind a series of provisional base-states, the result of improvisation, which over time have generated an ideal microcosm to study the subject in comparative terms and outline the concept. Among the Russian base-states we can find that some are vigilant, others dissuasive and even variants as peculiar as Kaliningrad. This is a Russian exclave with no state sovereignty of its own. It is tolerated by those around the European Union, because the consequences of its independence or the possibility of a territorial distribution between Germany, Poland and Lithuania would be highly inadvisable. In addition to the examples of Abkhazia, South Ossetia, Chechnya or Transnistria, this article includes two historical antecedents to the Russian base-state concept: that of the Far Eastern Republic and the Democratic Republic of Yemen.

Keywords: Base-states, Russia, Transnistria, South Ossetia, Abkhazia, Kaliningrad, Artsakh

El espacio ex soviético es pródigo en la aparición de Estados-base, lo cual convierte este caso en ideal para discutir cuáles son los límites del concepto. La aparición de esos islotes fue resultado del reflujo de la autoridad soviética, reconvertida en rusa, de una serie repúblicas y zonas de influencia. En algunos casos esos territorios fueron provistos de una precaria soberanía y un improvisado aparato estatal, mientras que en otros se produjeron evoluciones tortuosas con resultados sui generis.

En conjunto, sin entrar de momento en el debate, esos territorios serían los siguientes: la República de Transnistria, la República de Chechenia, el óblast de Kaliningrado, Osetia del Sur, Abjasia, y la República de Artsaj. En los últimos tiempos se pueden añadir a este grupo las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, donde a partir de 2015 se inauguraron, al menos, un par de bases

militares. Con todo, la guerra de 2022 en Ucrania ha hecho que la situación evolucione con gran fluidez y es todavía pronto para evaluar si en la nueva zona de control ruso en Ucrania surgen Estados-base propiamente dichos, o no.

Llegados a este punto, cabe establecer que por Estado-base no debe entenderse cualquier estado que tenga en su territorio una base extranjera, por importante que sea. Si así fuera, España o Turquía lo serían, y no es el caso. La premisa esencial es que el estado depende para su supervivencia como tal de una base militar extranjera. Si no existiera, su seguridad y soberanía se verían seriamente comprometidos. Esto sucede en el caso de estados soberanos con un territorio nacional muy exiguo y situados, normalmente en un lugar geoestratégicamente comprometido. Lógicamente, no sólo la seguridad del pequeño estado depende de esa base militar, sino, en muchos casos, su economía y relaciones exteriores.

Antecedente 1: la República del Extremo Oriente

Los antecedentes esenciales de los modernos Estados-base controlador por Rusia se encuentran en el República del Extremo Oriente, establecida por Moscú entre 1920 y 1922 como *buffer state* frente a las tropas japonesas y estadounidenses que controlaban algunas regiones de Siberia Oriental, con centro en el puerto de Vladivostok. La idea era evitar roces diplomáticos o choques militares entre las poderosas fuerzas extranjeras en aquella remota zona, mientras la nueva República Socialista Soviética Federativa Rusa se centraba en resolver la guerra con Polonia y cerrar la guerra civil en Crimea. La Republica de Extremo Oriente fue nominalmente independiente hasta su disolución en noviembre de 1922, coincidiendo con la retirada de los últimos contingentes japoneses en Vladivostok y la derrota final de las tropas blancas en el Extremo Oriente ruso.

La República del Extremo Oriente no era un pequeño territorio, sino más bien al contrario. Con más de un millón de kilómetros cuadrados venía a ser como Ucrania, Polonia y Rumania juntas. Tampoco albergaba ninguna base militar en concreto, aunque su Ejército estaba compuesto por unidades del Ejército Rojo regular y voluntarios locales. Con todo, se hizo un esfuerzo por implantar y respetar hasta el final una simbología propia. Así, la bandera de la Dalnevostochnaya Respublika (DVR) se componía de un recuadro azul situado en el ángulo superior izquierdo de una bandera roja, enmarcado las iniciales DVR en cirílico. El escudo de armas de la República había referencia a la alianza entre campesinos, mineros y pescadores: en efecto, la pesca era una de las actividades económicas fundamentales del territorio, junto con la minería.

Es importante subrayar la entidad de las fuerzas armadas de la DVR, que fueron las que libraron la última batalla de la guerra civil rusa, Volochayevka -en las afueras de Jabarosk- en una fecha tan tardía como febrero de 1922, contra los restos de las tropas blancas, en paralelo a la retirada final de las tropas

japonesas en Siberia. Una vez desaparecido el peligro de la intervención internacional, la DVR se disolvió y se integró en la RSFR. Su existencia, por tanto, fue puramente instrumental, como lo sería la de los Estados base, un siglo más tarde.

Antecedente 2. República Democrática Popular de Yemen

La breve historia de la República Democrática Popular de Yemen (RDPY) es, a la vez, uno de los casos de Estado-base más alambicados a escala mundial. Su establecimiento no se debió a un frío cálculo estratégico, sino que tuvo su origen en la orientación izquierdista de Yemen del Sur tras la retirada de los británicos de su enclave de Adén, en 1967. En torno a ese emporio colonial y su activo puerto se había gestado un potente movimiento sindical del que surgieron los líderes del primer régimen, la República Popular de Yemen del Sur (RPYS), en ese mismo año. Esa primera experiencia no tardó en entrar en crisis, y a partir del Glorioso Movimiento Correctivo dio paso a la nueva RDPY en 1970, ya con unas señas de identidad claramente marxistas-leninistas. De hecho, el Partido Comunista local se hizo con el liderazgo político, se buscó crear un estado de corte soviético y el Ejército se politizó a fondo, todo ello intentando laminar el tribalismo ancestral. En 1978 las fuerzas armadas ya contaban con 24.000 hombres y la necesidad de dotar a las Fuerzas de defensa Populares -nombre oficial del Ejército suryemení- de armamento pesado y aviación llevó a los soviéticos a la zona, que proveyeron de cantidades crecientes de carros de combate, artillería y cazabombarderos.

De esa forma se puso en marcha el primer y único estado árabe de corte soviético, que tuvo una deriva azarosa, por cuanto las simpatías de los dirigentes de la RDPY se distribuían entre la República Popular China y la Unión Soviética, por entonces ya enfrentadas entre sí. Por lo tanto, chinos como rusos se vieron obligados a ponerse de acuerdo para tutelar a la RDPY; con el añadido de los cubanos, que se encargaron de poner en marcha la asistencia sanitaria y, de paso, jugaron un cierto papel como moderadores de las tensiones políticas entre maoístas y soviéticos.

Pero quien se tomó en serio la configuración de Yemen del Sur como Estado-base fueron los soviéticos. Esa república poseía una situación estratégica privilegiada, cerrando el vital estrecho de Bab el Mandeb, que junto con el Mar Rojo y el canal de Suez enlazan el Índico con el Mediterráneo y eran una de las vías de tránsito marítimo esenciales para el comercio internacional en general y el petróleo en particular. Moscú, que miraba con escepticismo la experiencia política yemení -y buena parte de las denominadas de tercera generación- estaba más interesado en no dejar escapar la oportunidad que brindaba la RDPY como Estado-base. Y por ello suministró modernos cazas y bombarderos MiG 21,

MiG 23, Su 20 y Su 22, además de 300 carros de combate y unidades navales. Que se sepa, no hubo instauración de bases o unidades soviéticas completas, pero el centenar de aviones de combate de la fuerza aérea suryemení era pilotado por soviéticos o cubanos. De otra parte, en algunas instalaciones de la RDPY se entrenaban en la lucha armada activistas de movimientos radicales de izquierdas procedentes de países variados. Pero, sobre todo, Adén era, potencialmente, un puerto formidable para la flota soviética, como lo había sido para la británica.

Finalmente, todo ese constructo se desmoronó víctima de sus propias contradicciones estructurales, como sucedió también en Afganistán. Las relaciones entre los soviéticos y los camaradas yemeníes no eran de las mejores. Aquellos advertían de que no utilizaran las armas para lidiar sus propios conflictos en la región, mientras que esos se quejaban de que el material soviético no funcionaba correctamente al no estar tropicalizado. Al final, la RDPY implosionó en 1986, en un episodio de confusa violencia que puso de relieve hasta qué punto las tensiones clánicas y tribales habían pervivido bajo la apariencia de revolución social que había desarrollado la RDPY. Dado que por entonces Gorbachov estaba empezando a desarrollar la *perestroika* y en abril tuvo lugar la catástrofe de Chernobil, la estrategia soviética cambió completamente, en busca de una salida a la Guerra Fría. En consecuencia, la RDPY, lo que quedaba de ella, perdió todo interés para el Kremlin y fue abandonada a su suerte.

Caso 1. La República de Transnistria

El surgimiento de la República Moldava Pridnestroviiana o República de Transnistria fue una consecuencia directa de la desintegración de la Unión Soviética entre 1989 y 1991, pero no fue el resultado de una planificación estratégica por parte de Moscú, sino que poseía su propia lógica interna derivada de la forma en que había sido instituida la República Socialista Soviética de Moldavia (RSSM) en 1940, tras la anexión del territorio de la región rumana de Besarabia a la URSS, en aplicación del pacto Ribbentrop-Molotov. A esta nueva entidad se le añadió parte de la República Autónoma Socialista Soviética de Moldavia (RASSM), un exiguo territorio perteneciente a la RSS de Ucrania, que era a su vez una creación estratégica instrumental creada en los primeros tiempos de la Unión Soviética (1924) para ejercer presión-atracción sobre la Rumania de entreguerras y más precisamente sobre la región de Besarabia.

En la RSS de Moldavia esa parte de la RASSM que era la actual Transnistria ejercía un papel a medio camino entre "comisario político" y "polo de desarrollo" de la nueva república, básicamente agrícola y económicamente poco adelantada. Transnistria había sido ya soviética y colectivizada en los años de los planes

quinquenales y su nivel de conciencia política y de desarrollo industrial debería complementar la economía moldava y servirle de ejemplo.

Transnistria nunca perdió ese marchamo de distinción, ese recuerdo de ser la esencia soviética de los moldavos, de ahí que, en 1990, conforme las repúblicas de la URSS definían su soberanía, los transnistreanos defendieron su singularidad y privilegios asociados y se negaron a ser cola de ratón de Moldavia -menos aún de Ucrania- y se apoyaron en la guarnición rusa para defender su propia independencia. Gorbachov intentó, hasta el último momento, mantener alguna forma de Unión (el proceso de Novo Ogariovo) y Moldavia fue de las repúblicas que lo rechazaron, mientras que Ucrania no lo tenía claro. Entre ambas, Transnistria era un islote cien por cien soviético, y no se le podía negar ayuda desde Moscú. Además, los militares acudieron en su auxilio; fue protagonista de ello el contundente -aunque ineficiente- ministro de Defensa, Pavel Grachev, el mismo que insistió en llevar adelante la desastrosa operación de castigo contra los chechenos en 1994.

Pero antes, Grachev envió a Transnistria al carismático general de paracaidistas Alexander Lebed, poniéndolo al frente del 14º Ejército de la Guardia. Este hombre era un alto mando del Ejército ruso, tan joven como ambicioso, que ya se había distinguido al frente de la División Aerotransportada 106 de la Guardia, durante los levantamientos nacionalistas y enfrentamientos en el Cáucaso, entre armenios y azeríes, en 1989 y 1990. Por aquel entonces, Lebed se ganó fama de conciliador, al no utilizar sus fuerzas de forma brutal e indiscriminada. Fue ascendido a mayor general, lo que lo convertía en segundo en el mando de las fuerzas aerotransportadas (aún) soviéticas, por detrás del mismo Grachev, con el que estaba enfrentado.

De esa forma, en 1991, Lebed llegó a Transnistria, donde al frente de las fuerzas ruso-transnistreanas, y con el apoyo de unidades paramilitares cosacas, obtuvo una rápida victoria contra las exiguas y mal equipadas fuerzas moldavas, apoyadas sin mucho entusiasmo por el Ejército rumano. Ese fue el final de una de las primeras guerras en el espacio ex soviético (marzo-julio de 1992).

Demostrando sus habilidades políticas, que lo llevarían a participar como candidato en las elecciones presidenciales rusas del año 2000, Lebed negoció una paz bien construida entre ambos bandos de la que surgiría el estatus de Transnistria como país independiente y Estado-base. El elemento central fue la presencia del XIV Ejército, primero ruso y con el tiempo compuesto cada vez más por tropa y oficialidad transnistriana. Esta unidad, que finalmente se integró en el denominado Grupo Operacional de Fuerzas Rusas, es la verdadera esencia de Transnistria como Estado-base. Sin embargo, y a pesar de que en 2006 se celebró un referéndum en el que la población reafirmó la independencia por una aplastante mayoría (97,2% a favor) se han buscado soluciones para encajar el puzzle moldavo-transnistreano. Dos han sido los inconvenientes para ello. De una parte, la negativa a retirar las tropas rusas; y el rechazo de los mediadores

occidentales a una federalización moldavo-transnistreana asimétrica, que Moscú hubiera aceptado (memorando Kozak, 2003) y los actores locales, también. En general, los transnistreanos respaldan la presencia de las fuerzas rusas, garantía de su independencia; yendo más allá, incluso el jefe del Parlamento pidió la unión con Rusia cuando Crimea lo hizo en 2014, aunque sin resultados.

Transnistria, como Estado-base juega un papel estratégico más pasivo-agresivo que directamente activo. La imagen que pretende transmitir es la de una isla refugio para un grupo nacional que ni es moldavo no es ucraniano y que sólo gracias al apoyo militar ruso ha podido sobrevivir. Aunque Transnistria provee de energía eléctrica a parte de Moldavia, su vida social está empapada por la presencia militar rusa con sus particulares tradiciones nacionalistas. Así, la simbología soviética, tan llamativa en la pequeña Transnistria no se debe tanto a que el marxismo-leninismo sea la única opción política. Aunque si es cierto que en la República coexisten dos partidos comunistas, también tienen cabida un partido liberal-conservador (Renovación) y otro directamente nacionalista (República), la presencia de símbolos soviéticos está más ligada a la tendencia del Ejército ruso a conservar las enseñas y símbolos de la época soviética, y lo cierto es que la presencia y el ascendiente de las unidades militares en un Estado reducido como Transnistria (4.163 km², más pequeña que la provincia española de Pontevedra) se percibe a cada paso.

En realidad, durante la presente guerra en Ucrania (a la altura de agosto, 2022) el Estado-base de Transnistria ha jugado un curioso papel pasivo-agresivo. Hacia finales del mes de abril, se produjeron en el territorio de la República algunos ataques terroristas -artefactos explosivos en edificios públicos y antenas de radio- de escasa consideración. Durante unos días se temió que Transnistria pudiera haber sido implicada en la guerra que tenía lugar en la vecina Ucrania. Por parte occidental se insistió durante algunos días en la posibilidad de que Rusia iniciara una nueva invasión, en este caso de territorio moldavo, y eso desde Transnistria, lo cual podría llevar a una dramática escalada en el enfrentamiento Rusia-OTAN, puesto que (supuestamente) Rumania intentaría defender a Moldavia y eso implicaría directamente a la Alianza Atlántica. La contienda pasaría de ser proxy a ser directa.

Esta hipótesis, muy alarmista, carecía en realidad de lógica estratégica y se basaba casi exclusivamente en la percepción de Transnistria como un Estado-base de carácter agresivo, una plataforma de ataque contra cualquiera de sus vecinos. Sin embargo, en la mencionada contienda, Transnistria actuaba más bien como un cebo. Cualquier ataque preventivo, moldavo o ucraniano contra Transnistria, hubiera rebajado el rechazo internacional contra Rusia que había comenzado unilateralmente la invasión de Ucrania, en febrero de 2022; y por entonces (abril de ese mismo año), Moscú buscaba desbaratar la presión estadounidense sobre Kiev para continuar con la guerra, en vez de buscar una salida diplomática a la misma.

Caso 2. El óblast de Kaliningrado

Esa forma de forzar contradicciones diplomáticas se puso de manifiesto, durante esa misma guerra, con el caso del óblast de Kaliningrado. Este territorio no posee soberanía: es un óblast o demarcación administrativa rusa que viene a equivaler a una región. Pero si posee unas características muy especiales que lo sitúan en la órbita de los Estados-base, jugando un papel prácticamente idéntico.

El óblast de Kaliningrado formó parte, históricamente, de Prusia Oriental. Invadida por las tropas soviéticas en 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial el territorio se dividió entre Polonia (Sur) y la Unión Soviética (Norte). La antigua capital, Königsberg, fundada en el siglo XIII, se rebautizó como Kaliningrado y el territorio pasó a formar parte de Rusia a todos los efectos. Hasta el final de Guerra Fría, existía una conexión directa ente el óblast y el resto del territorio soviético, del cual era una prolongación. Pero a partir de 1991, con la disolución de la URSS, Kaliningrado se convirtió en un pequeño exclave (15.100 km²) de territorio ruso, aislado entre Lituania y Polonia y a 350 kilómetros de la frontera rusa. Cuando esos países accedieron a la Unión Europea en la gran ampliación hacia el Este de 2004, el aislamiento se hizo mayor, si cabe.

De hecho, Kaliningrado perdió durante unos años su papel principal como zona militar cerrada, en especial en torno a la base de Baltiysk, sede de la Flota del Báltico. Esas instalaciones navales se completaban con las del puerto de Svetly, Primorsk y el entramado portuario e industrial de la capital, Kaliningrado; así como las bases aéreas de Chernyajovsk, Chkalovsk y Donskoye. En total, llegaron a desplegarse en el óblast unos 100.000 efectivos militares, lo que venía a equivaler a algo más del 10% de la población total del exclave, con menos de un millón de habitantes¹. A partir del final de la Guerra Fría y en especial durante el periodo en que Borís Yeltsin ejerció como presidente de Rusia, el óblast de Kaliningrado, en parte, se desarmó. Los efectivos militares descendieron a tan sólo 10.000 hombres y en conjunto hubo un intento de desmilitarizar el exclave encajándolo en las economías circundantes de la Unión Europea. Para ello, desde Moscú se otorgaron ventajas fiscales con el fin de atraer la inversión occidental. Obtuvo el estatus de Zona Franca (FCZ) y de Zona Económica Especial (SEZ) a fin de promover una reconversión industrial, favoreciendo en especial la ingeniería automotriz y mecánica, la construcción naval y reparación de buques, el complejo agroindustrial y la industria pesquera, así como la producción de alimentos procesados². Y en efecto, se pusieron en marcha nuevos negocios, como la empresa Hipp, firma alemana de productos para nutrición infantil; el grupo Technopolis GS de industria electrónica; el centro de ingeniería de la suiza ABB, para la automatización industrial; o la proyectada planta de montaje de BMW en Jrabrovo, enfocada al enorme mercado ruso. La

¹ Para las capacidades militares del óblast de Kaliningrado, vid. Villanueva López (2019)

² “Beneficios fiscales de la zona económica especial de Kaliningrado” (entrevista a Denis Saliy), en: Mundo Offshore.net, 26 de febrero, 2021 [consultable en red]

guinda de esa evolución fue la inclusión de Kaliningrado en el nuevo régimen de Regiones Administrativas Especiales (SAR) firmado por el presidente Putin en agosto de 2018.

Toda esta actividad generó una apertura progresiva hacia la vecina Lituania como puente de contacto por vía terrestre hacia Bielorrusia y Rusia, o con al corredor Viking, en dirección a Ucrania y el Mar Negro³. De otra parte, también proveyó a Kaliningrado de un estatuto de mayor autonomía, que en parte iba destinado a paliar el malestar social que habían generado en el exclave las repercusiones de los virajes políticos en Moscú, sobre todo el periodo Yeltsin y su desastrosa terapia de choque. Durante ese tiempo, e incluso posteriormente, se sucedieron protestas cívicas contra la dejadez de Moscú frente a la situación del óblast, e incluso afloraron algunos brotes de independentismo, como el Partido Republicano Báltico, que pedía una Constitución específica para Kaliningrado, así como la posibilidad de firmar un tratado bilateral de cooperación con la Unión Europea⁴. Esta opción, que, por otra parte, nunca llegó a formular una clara intención independentista, fue siempre un síntoma de descontento. Cabe recordar que la mayor parte de la población civil rusa de Kaliningrado procede de las regiones orientales de Rusia o del Cáucaso Norte, y que sobre esa situación muchos jóvenes nacidos en Kaliningrado con posterioridad a la Guerra Fría nunca han viajado a Rusia.

Ahora bien, conforme la situación se degradaba en torno a Ucrania, y sobre todo a partir del Euromaidan y la guerra del Donbas (2014-2015), el óblast de Kaliningrado volvió a recuperar importancia por su posición geoestratégica y sus bases militares. No es que regresara la nutrida presencia de uniformados, pero sí que se reactivó la operatividad de los sistemas de vigilancia e información y las armas disuasivas, al servicio de la defensa de Rusia. Principalmente, la capacidad de establecer una zona A2/AD⁷, Es decir, un área o burbuja de anti-acceso / área de negación en plena retaguardia de países de la OTAN o aliados de la misma: Polonia, Países Bálticos y Suecia, amenazando la navegación por el Mar Báltico o el tráfico aéreo por toda la zona.

Por lo tanto, con el tiempo el óblast de Kaliningrado se ha ido convirtiendo casi en un Estado-base de facto, aunque con un atributo añadido: la capacidad de sobrevivir a partir de su facultad de generar contradicciones insolubles a sus potenciales amenazas. Porque lo cierto es que desde el final de la Guerra Fría que trajo la disolución de la Unión Soviética, el estatus internacional de Kaliningrado ha sido una china en el zapato para lituanos, polacos e incluso alemanes. En las rondas de negociaciones diplomáticas en torno a las relaciones entre la Federación rusa y los países de la Unión Europea, siempre se pasó de puntillas sobre el estatus de Kaliningrado. Berlín tuvo ciertas posibilidades de

³ Martin (2014)

⁴ Sukhankin (2018): pp. 172-176

recuperar el territorio⁵, pero siempre supo que ello le traería problemas, tanto en sus relaciones con Polonia -en especial desde el momento en que se convirtió en socio de la UE- como en política interior. En efecto, a cambio de reintegrar en Alemania un territorio minúsculo, se dispararía el revisionismo en torno al resto de los antiguos territorios del Reich integrados en Polonia (Silesia, Pomerania, el resto de la Prusia Oriental), mientras que la ultraderecha alemana cobraría un gran protagonismo en todo ello, con movimientos específicos para la recuperación de Kaliningrado tales como *Gesellschaft für Siedlungsförderung in Trakehnen*, o *Aktion Deutsches Königsberg*⁶.

Lituania tuvo la oportunidad de integrar Kaliningrado en su territorio como uno más de los reajustes territoriales prácticos de Jruschov, pero lo rechazó por temor a cargarse de problemas étnico-administrativos con poblaciones rusas y alemanas. Recientemente, con motivo de la guerra de Ucrania, Polonia reivindicó Kaliningrado, buena prueba del nuevo talante expansionista en Varsovia⁷; poco después, Lituania aplicó sanciones contra ese exclave, limitando el tráfico de mercancías, lo que generó un importante desasosiego, en especial tras las amenazas de Moscú, que se materializaron en un ataque informático en toda regla contra Lituania. Al final, todos los protagonistas de este breve pulso optaron por concluirlo o aplazarlo *dine die*, a instancias de la cautelosa Comisión Europea⁸.

La tipificación de Kaliningrado como Estado-base pasivo o inerte, cuya relevancia estratégica consiste en “estorbar” es un caso extremo -más si cabe por el hecho de que no es un estado- pero que está presente en el resto de los enclaves y Estados-base rusos. En un reciente estudio sobre el proyecto *Intermarium* o *3Seas* (3s), el autor deja de manifiesto hasta qué punto los enclaves rusos son un problema una serie de cuñas en el gran cuerpo de la superfederación de países del Este⁹.

Caso 3. Abjasia y Osetia del Sur

La actual república de Abjasia ocupa lo que hasta comienzos de los años noventa del siglo XX fue la porción más occidental de la República de Georgia. Se independizó en 1992, pero solo tras una guerra con Georgia, que se prolongó

⁵ Álvarez (2019)

⁶ Álvarez (2019)

⁷ “Polonia reclama Kaliningrado”, en: *Red Voltaire*, 26 de marzo, 2022 [consultable en red]; también: “Lithuania and Poland Want to ‘Recover’ Kaliningrad, Russian Analysts Say” by Paul Goble, Novembre 2, 2021, in: *Eurasia Daily Monitor*, Volume 18 Issue; 166: *The James-town Foundation*

⁸ “UE: Lituania debe permitir tránsito de bienes rusos a Kaliningrado”, DW, 13.07.2022 [consultable en red]

⁹ Cohen (2019)

hasta el cese del fuego dos años más tarde. Los choques armados volvieron a tener lugar en 2006 y 2008 cuando tras la denominada guerra de Georgia o de Osetia del Sur, se concertó un alto el fuego.

Abjasia, con capital en Sujumi, es un territorio de 8.861 km² y cerca de un cuarto de millón de habitantes. Su independencia está sólo reconocida por Nicaragua, Venezuela y, sobre todo, la Federación rusa. Además, otros dos Estados-base reconocen a esa República: Transnistria y Osetia del Sur.

En principio, la principal base rusa está situada en Gudauta, ciudad portuaria y más especialmente en torno al aeropuerto de Bombora, con fuerzas navales complementarias en Ochamchira. Se trata de la denominada 7ª Base Militar, compuesta por una brigada motorizada y fuerzas navales. Pero, de hecho, toda la república funciona como un Estado-base¹⁰, como quedó de manifiesto durante la guerra de 2008, cuando las fuerzas rusas se desplegaron por todo el territorio para enfrentar a los georgianos. En la actualidad, Moscú se hace cargo de la defensa antiaérea de Abjasia al haber desplegado misiles S-300 en su territorio: y es evidente que sus puertos poseen también un alto valor para la estrategia rusa en el Mar Negro, epicentro de las “guerras calientes” de 2008, 2014, 2020 y 2022.

En lo tocante a Osetia del Sur (3.900 km², 53.500 habitantes), se proclamó independiente en 1990, tras lo cual se sucedió una guerra contra la República de Georgia que duró hasta 1992. Como en el caso de Abjasia, esta república sólo fue reconocida por Nicaragua, Venezuela y Rusia, aparte de por la propia Abjasia.

Como Estado-base, Osetia del Sur posee sus propias peculiaridades. Desde luego alberga fuerzas rusas en su territorio, que conforman la denominada 4ª Base Militar de la Guardia (de unidades de la *Rosgvárdia* o Guardia Nacional de Rusia), compuesta por dos regimientos motorizados situados en las inmediaciones de la pequeña capital de la República, Tsjinval, aunque fuerzas aerotransportadas están situadas en la localidad de Java. El emplazamiento de esas tropas se produjo como consecuencia de la guerra de 2008; con anterioridad, las unidades rusas presentes en suelo osetio oficiaban como fuerzas de pacificación junto con unidades georgianas en lo que se denominaba Fuerza de Pacificación Conjunta. Rasgo muy característico de su estatus de Estado-base, la economía activa de Osetia del Sur se basa en el estratégico túnel de Roki, que forma parte de la carretera transcaucásica, construida por los rusos en el siglo XIX para controlar el Cáucaso meridional, con origen en la ciudad de Vladikavkaz, capital de Osetia del Norte –Alania, integrada en la Federación rusa. Al parecer, el gobierno de Osetia del Sur obtiene un tercio de su presupuesto de la recaudación de los derechos de aduana sobre el tráfico de

¹⁰ Russian Military Bases in Abkhazia (2011-2016 Data).svg

mercancías¹¹. Dato relevante si se tiene en cuenta que el túnel de Roki, como el resto de la carretera transcaucásica, solo está vierta en verano, debido a la difícil climatología de la ruta, que es de alta montaña.

Tanto Abjasia como Osetia del Sur poseen una base nacional propia que justifica su existencia histórica como entidades soberanas. Pero el hecho de que Osetia del Sur no esté integrada en Osetia del Norte-a pesar de que existe suficiente consenso social para la reunificación- revela que la función de ese Estado-base, como la de Abjasia, es el de mantener una vigilancia y presión constantes sobre Georgia, generando un estado de constante conflicto que impida su integración en la OTAN.

Caso 4. Chechenia

La función de Estados-base presionantes o vigilantes de Abjasia y Osetia del Sur en el Cáucaso meridional, lo encontramos repetido en la República de Chechenia para el Cáucaso septentrional. Con sus 16.171 km² y su millón y pico de habitantes, es un Estado-base de tamaño considerable. No es plenamente independiente -no lo es ningún Estado-base bajo tutela rusa, en realidad- pero sí que posee una “soberanía cultural” que su líder, Ramzan Kadirov, ha sabido teatralizar eficazmente para dar la impresión de que es plena.

Tras dos guerras contra el Ejército ruso (1994-1996 y 1999-2009), la pacificación de Chechenia se consigue a partir de un pacto entre el Kremlin y el presidente Ramzan Kadirov en virtud del cual, éste modelará la República -integrada en la Federación rusa- en base a un amplio consenso entre los comandantes de la antigua guerrilla para dejar fuera del nuevo proyecto nacional a la minoría yihadista. El resultado fue una República cuyas leyes surgen de la sharía, reinterpretada a partir de un islam basado en la tradición sufí que acepta como guía a la Naqshbandiyyah y la Qadiriyya. Este “islam bueno” es para el régimen de Kadírov el antídoto al “islam malo” de los fundamentalistas¹². Este planteamiento apenas disimula un gobierno totalitario en cuya cúspide se sitúa Kadírov como señor de la guerra y árbitro de jefes de clan de mentalidad muy tradicionalista. Así, Chechenia se ha reconstruido tras las guerras de fines del siglo XXI, Grozni es una ciudad de arquitectura moderna, pero en el país se permite la poligamia y la medicina tradicional basada en prácticas religiosas, que incluye desde sangrías a exorcismos para determinadas enfermedades mentales.

A partir de ahí, las relaciones entre Grozni y Moscú son más ambivalentes de lo que pueda parecer. En realidad, Chechenia no deja de ser un clásico país títere y

¹¹ “Der Roki-Tunnel - Schlüsselstelle im Georgien-Konflikt”, *Der Standard*, 18 August, 2008 [consultable on line]

¹² Littell (2010): pp. 80-81

como tal juega sus propias cartas de vez en cuando. Pero en el universo de los Estados-base rusos desempeña el papel de comodín que le corresponde: vigila y contrarresta la insurgencia en todo el Cáucaso Norte y participa en las “guerras calientes” de Rusia: desde la de Georgia en 2008 a la de Ucrania en 2022, pasando por la del Donbas en 2014-2015. En ese contexto, la presencia de tropas rusas en territorio de este Estado-base es necesariamente discreta -se trata de no dar la impresión de que Chechenia es un territorio ocupado- o incluso limitada. Con todo, Jankala, en las proximidades de la capital, Grozni, es la sede de la base rusa que en los últimos años parece albergar una brigada motorizada y cuenta con su propio aeródromo.

Caso 5. Armenia-Artsaj

Considerar que Armenia es un Estado-base ruso resulta claramente exagerado. El país posee una entidad nacional e histórica ampliamente acreditada pero, sobre todo, su existencia como estado soberano no depende directamente ni del sustento económico ni del escudo defensivo que aporta la base rusa de Gyumri, la segunda ciudad de la República de Armenia; y eso a pesar de que es un emplazamiento militar de envergadura. Alberga una división motorizada rusa al completo con base aérea propia, provista de cazabombarderos y helicópteros de transporte y ataque. Aunque la base actual data de 1996, ya en tiempos de la guerra fría la misma unidad -261 División Motorizada de fusileros- estaba estacionada en la misma zona como parte del despliegue soviético frente a Turquía, único miembro de la OTAN que tenía frontera con la URSS.

Ahora bien, como en una autentica caja china, Armenia, a su vez, mantiene su propio Estado-base en la denominada República de Artsaj; esto es, el territorio de Nagorno-Karabaj (o Alto Karabaj), con soberanía propia. Con tan sólo 3.170 km² y apenas 139.000 habitantes, su existencia depende, literalmente de su fuerza militar: un ejército propio de entre 15 y 20.000 soldados con armamento pesado.

Toda esta arquitectura quedó en entredicho durante la guerra del Alto Karabaj en 2020, durante la cual el territorio de Artsaj estuvo a punto de ser invadido por las tropas azeríes e incluso los rusos percibieron que su base de Gyumri estaba amenazada¹³. De hecho, esa guerra tuvo una importancia que ha sido escasamente tenida en consideración y que puso a Moscú en un aprieto, hasta el punto de que, posiblemente, tuviera mucho que ver con la decisión de intervenir en Ucrania en febrero de 2022.

¹³ Goya (2021): p. 22

Conclusiones

La guerra del alto Karabaj en 2020 ilustra bien a las claras la provisionalidad del sistema de Estados-base ruso. Llegado el caso de una guerra y una amenaza directa en sus inmediaciones, a veces reacciona de forma disuasoria -caso de Osetia del Sur durante la guerra de 2008- pero en ocasiones queda fuera de juego, como sucedió con Artsaj y Gyumri.

Tras la provisionalidad estuvo la improvisación. Los Estados-base rusos fueron lo que dejó el reflujo de las fronteras de la Unión Soviética a partir de su desintegración. No fueron fruto de una estrategia expansiva, sino los antiguos puestos avanzados que quedaron cuando se consumó la retirada. No existió una planificación o un diseño, ni siquiera un patrón: cada uno asumió su propio papel en función de los límites que marcaba el entorno y las capacidades defensivas propias. Que a veces, paradójicamente, como en el caso de Kaliningrado y quizá Transnistria, consistieron más en entorpecer o desconcertar que otra cosa. La inactividad ha sido el rasgo que ha caracterizado a los Estados-base pasivos situados frente a Europa oriental.

Abjasia, Osetia del Sur, Chechenia y Artsaj son, por el contrario, Estados-base vigilantes, situados en los tumultuosos límites caucásicos de Rusia. Pero no poseen sólo funciones militares o de contrainsurgencia. Chechenia, por ejemplo, ha sido un valioso auxiliar diplomático para el Kremlin en sus contactos bajo cuerda con determinados países musulmanes; y también para la obtención de inteligencia en su lucha contra el terrorismo yihadista.

En un segundo nivel de análisis, vale la pena considerar el papel de la estatalidad en este tipo de enclaves. Ninguno de los Estados-base dependientes de Rusia está reconocido internacionalmente -a excepción de Abjasia y Osetia del Sur, y ello de forma muy limitada, por Venezuela y Nicaragua, lo cual denota la improvisación en la que fueron constituidos. Pero, por otra parte y sobre todo, lo que interesaba al Kremlin era conferir a sus enclaves militares alguna forma de respaldo diplomático creíble para que, caso de ser atacados o amenazados, Rusia pudiera intervenir en su defensa, a falta de una base militar lo bastante potente como para resultar disuasoria. Eso explica que no tenga sentido concederle soberanía a Kaliningrado, que ha podido sobrevivir como parte integral de la misma Rusia, lo cual la hace lo suficientemente eficaz en su papel de exclave armado. De hecho, transformar a Kaliningrado en un estado soberano no sólo lo haría más débil, sino que lo convertiría en un quebradero de cabeza y en un factor de fricción para todos sus vecinos.

El caso de Artsaj-Gyumri funcionó a la inversa. En cierta manera, era un Estado-base con doble nivel de seguridad. Y sin embargo, el ataque azerí, en septiembre de 2020, cuidadosamente preparado y planificado en colaboración con los turcos

y, posiblemente, con los israelíes, logró desactivar eficaz y rápidamente ese doble dispositivo: las tropas azeríes llegaron a amenazar a la pequeña capital de Artsaj, mientras que el contingente ruso se centró en defender su propia base ante un posible ataque, que no se llegó a producir. La situación descolocó a Moscú, que sólo con mucha presión diplomática logró detener la guerra. Con todo, por los acuerdos finales de alto el fuego, Artsaj tuvo que entregar el corredor de Lachin, que unía el Alto Karabaj con Armenia, con lo cual el Estado-base quedaba separado de su estado matriz. Peor aún, en septiembre de 2022, una ofensiva militar azerí sobre territorio armenio derivó en una jugada diplomática estadounidense, encabezada por Nancy Pelosi, presidenta de la Cámara de Representantes, para sacar a Armenia de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (CSTO). Lo cual revela hasta qué punto la diplomacia puede jugar un papel determinante en tratar de desactivar a los Estados-base sin tener que disparar un tiro, o los menos posibles. Vale la pena recordar, asimismo, que en algunos momentos, durante la guerra de ucrania de 2022, se produjeron presiones sobre Transnistria; mientras que en agosto de ese mismo año, la OTAN se mostró rápidamente dispuesta a defender el Estado-base de Kosovo si la “crisis de las matrículas” con Serbia iba a más.

Para concluir, cabe considerar que el conjunto de los Estados-base rusos, así como sus antecedentes soviéticos se inscriben en la estrategia de cualquier potencia con designios imperialistas, sea en fase expansiva o bien defensiva. Lo que marca una diferencia interesante con respecto a los constructos de hace un siglo, o incluso de aquellos de los tiempos de la Guerra Fría, es el tamaño, asociado a cierta calidad circunstancial e incluso artificiosa que preside su aparición. Y no es que su carácter transitorio se confirme: al fin y al cabo, algunos de los Estados-base rusos llevan ya más de treinta años a sus espaldas, mientras que la República de Extremo Oriente, e incluso la República Democrática Popular de Yemen duraron menos. Pero parece evidente que entidades tan pequeñas como Transnistria, Osetia del Sur o la República de Artsaj pueden ser aglutinadas y desaparecer o cambiar de menos en cuestión de días u horas. Y se trata de Estados-base puros, esto es, su subsistencia se debe básicamente a que sirven como base militar de una potencia extranjera.

Aunque todavía no ha cuajado, la República Popular China parece ir en esta misma dirección en algunas cuentas de su “collar de perlas” o sistema de enclaves estratégicos en el Mar de China meridional y Océano Índico. La reconversión del puerto de Marao en base militar, podría ser decisivo para convertir a las Maldivas en un Estado-base, aunque de momento parece lejos de convertirse en realidad. Pero lo que sí es un prodigio de provisionalidad son las bases erigidas en las Islas Spratly, un conjunto de islas, islotes, arrecifes y hasta rocas y dunas, la mayor parte de las cuales no llegan a la hectárea de superficie, convertidos en pequeñas bases precarias para reivindicar su posesión por parte de China, Vietnam, Malasia y Filipinas. Evidentemente, al no poseer soberanía las Islas Spratly,

no se pudo hablar de Estados-base, sino de simples exclaves. Pero la rapidez con la que se construyeron puertos, pistas de aterrizaje e instalaciones variadas, junto con la capacidad defensiva de la moderna tecnología militar -y con el abaratamiento que aporta la robotización de la guerra- son un indicativo que permite considerar la fórmula de los Estados-base como una modalidad de expansión al alza, aprovechando las nuevas surgidas de la descolonización y de los nuevos balances de poder.

Referencias

- Álvarez, Jorge (2019), "Kaliningrado, la estratégica ciudad que nadie quiere", LBV (La Brújula Verde), 7 de enero, 2019 [consultable en red]
- Cohen, Nick (2019), "Intermarium in the 21 Century. A New Path for Europe?", *European Institute*, November 15, 2019 [consultable en red]
- Goya, Michel (2021), *La guerre du Haut Karabakh. Enseignements opérationnels*, Ed. Kindle
- Jafalian, Annie (ed.) (2016), *Reassessing Security in the South Caucasus: Regional Conflicts and Transformation*, Routledge
- Littell, Jonathan (2010), *Chechenia, año III*, RBA Eds.
- Martín, Pablo (2014), "Ferrocarril Viking: ¿corredor o interfaz? Limitaciones técnicas de ambiciones estratégicas", *Tiempo Devorado*, vol. 1, nr. 1, Diciembre de 2014; monográfico: "Entre el Mar Báltico y el Mar Negro"; pp. 17-28
- Saparov, Arsene (2018), *From Conflict to Autonomy in the Caucasus: The Soviet Union and the Making of Abkhazia, South Ossetia and Nagorno Karabakh*, Routledge
- Sukhankin, Sergey (2018), *Bridge to Nowhere: Kaliningrad on Geopolitical Map between Russian and Europe*, PhD thesis. Department of Modern and Contemporary History, UAB, 2018
- Yordanov, Radoslav A. (2016), *The Soviet Union and the Horn of Africa during the Cold War. Between Ideology and Pragmatism*, Lexington Books
- Veiga, Francisco; Hamad Zahonero, Francisco; Gutiérrez de Terán, Ignacio (2014), *Yemen. La clave olvidada del mundo árabe, 1911-2011*, Alianza Editorial
- Villanueva López, Christian D. (2019), "La geopolítica de las bases militares (XIII)", IEEE.es, Documento de investigación 06/2019 [consultable en red]
- Zürcher, Christoph (2007), *Rebellion, Ethnic Conflict and Nationhood in the Caucasus*, New York University Press